

Europa y Occidente en la Nueva Geografía Universal de Élisée Reclus

Federico Ferretti

La *Nueva Geografía Universal* (de ahora en adelante NGU), editada en 19 volúmenes entre 1876 y 1894, sin duda ha sido la obra geográfica más importante aparecida en Europa en la segunda mitad del siglo XIX. Lleva la firma de Élisée Reclus (1830-1905), célebre geógrafo anarquista que llevó a cabo este amplio trabajo en Suiza, donde se exilió tras su participación en la Comuna de 1871, rodeado durante bastante tiempo por una red de colaboradores cuyos componentes principales compartían con Reclus, aparte del oficio de geógrafo, la fe política, como Charles Perron, Léon Metchnikoff y Piotr Kropotkin, o su propio hermano Élie Reclus¹.

Paradójicamente, esta gran obra hasta ahora ha sido la menos estudiada, quizá por sus dimensiones, porque en las primeras décadas del siglo XX los exponentes de la escuela francesa de geografía humana la consideraban “superada”, o porque algunos de los responsables del redescubrimiento de Reclus en los años setenta y ochenta la ha considerado una obra “censurada” a causa de la prohibición de hablar de política que le había sido impuesta en el contrato por el editor Hachette. Por tanto, *El Hombre y la Tierra* ha sido considerada como la verdadera gran obra de Reclus. No obstante, debemos tener en cuenta que esta obra apareció póstuma y gracias a su sobrino Paul Reclus, y que el autor le dedicó sólo los últimos años de su vida, mientras que a la redacción de su mayor obra había dedicado más de veinte años, con la colaboración de los más destacados exponentes del anarquismo internacional.

El asunto de este artículo es comprender, partiendo de un análisis de la única fuente que puede respondernos, su texto, si sobre una cuestión como Europa, Occidente y su hegemonía, Reclus dice cosas convencionales, o

bien sin hablar explícitamente de política da una visión inconformista de Europa y de su historia en el ámbito de una geografía anarquista.

Este y Oeste sobre la superficie del globo

El pensamiento teórico de Reclus sobre la distinción entre Oriente y Occidente es bastante claro, ya que ha sido una de las pocas cuestiones que ha expuesto en un artículo de explícita teoría geográfica, publicado en *Contemporary Review*² y retomado en un capítulo de su última obra, *El Hombre y la Tierra*³. Sobre estos textos podemos citar los trabajos de otros geógrafos que los han comentado⁴. Para empezar, los conceptos de Este y Oeste, que hoy asumen enorme significado en el debate político, son relativizados por Reclus.

Sobre la superficie de esta tierra redonda, los puntos cardinales sólo tienen significado en relación con lugares particulares. El observatorio de Greenwich puede establecer su Norte y su Sur, su Este y su Oeste; pero los astrónomos de París, de Washington, de Santiago, y la humanidad en general, buscarán los suyos en otras direcciones. Las líneas trazadas por los meridianos y el Ecuador son puramente artificiales⁵.

A pesar de esto, para Reclus pueden existir, por determinadas situaciones históricas o posiciones relativas, convenciones útiles. Incluso un geógrafo que a su vez no tenía particular predilección por estas líneas, Carl Ritter, utilizaba el término “Sur” para indicar las áreas tórridas del Sahara que los europeos asocian al excesivo calor y a la luz cegadora. Por lo demás, a través de la historia, a la vez que las poblaciones se trasladaban, más definiciones han ligado estos conceptos a adjetivos que precisaban indirectamente un punto de partida: Europa Oriental, Asia Oriental, Extremo Oriente, *Far West*, etc.

La intención de Reclus es aportar una definición, y un punto de separación aceptable entre Este y Oeste. Pero esos términos son relativos a “los dos lados del viejo mundo con los que se identifican los nombres de Este y Oeste”⁶, que se aíslan para responder a la pregunta “¿cuál es la línea de división de la historia humana?”⁷

Pero incluso esta división entre Este y Oeste no es en modo alguna abso-

luta: sirve sobre todo para el bloque asiático, incluyendo la cuenca mediterránea, y se sitúa al fondo de la historia estructural sobre lo que hoy sería definido como “larguísimo periodo”. Los límites no se pueden identificar con los que encontramos en los atlas de Europa y Asia, porque los confines lineales son siempre convencionales; los confines reales son verdaderas y auténticas regiones o franjas que vienen definidas específicamente “por una porción de territorio distinta al mismo tiempo por la altura del relieve y por la relativa escasez de población”⁸.

Así, la línea que para Reclus separa Este y Oeste se sitúa más al Este que cualquier otra definición del género jamás expresada. Corresponde a un área poco poblada que separa los pueblos de Persia y de Mesopotamia de la masa de la península indo-gangética partiendo del golfo de Omán y atravesando los desiertos de Beluchistán. Pasa después por el “Techo del Mundo” a través de las cordilleras de Suleiman e Hindu-Kush, para después recorrer las vastas “estepas del hambre” de Asia Central en dirección al lago Baljash, y atravesar la tundra siempre helada entre el Obi y el Yenisei antes de alcanzar el Océano Glacial Ártico.

Lo primero que implica esta subdivisión es la inclusión en la parte occidental del Viejo Mundo de áreas como Arabia, Persia y África septentrional a las que avatares históricos y políticos han hecho difícil contemplar como intrínsecamente relacionadas con Europa. Es el mismo caso de otro célebre geógrafo contemporáneo suyo, Halford Mackinder, a su vez muy influido por las enseñanzas de Ritter. Philippe Pelletier, en el artículo en que analiza la cuestión del Oriente y el Occidente en Reclus, propone la confrontación entre este artículo de Reclus y uno de los más célebres escritos del geógrafo canadiense, *The Geographical Pivot of History*⁹. Sin citarse, los dos geógrafos identifican zonas bastante próximas de Asia Central, el primero como el límite que hemos definido, el segundo como el eje de la política de una potencia continental, específicamente Rusia, que dada su posición extremadamente sólida e inexpugnable debe ser equilibrada por las potencias que controlan las dos franjas extremas identificadas por dos círculos concéntricos en torno a este eje, la peninsular (incluyendo también a Europa) y la marítima. Naturalmente la preocupación está completamente referida a los problemas de la política exterior inglesa.

Son dos métodos similares de investigación, pero con finalidades total-

mente diferentes e incluso con resultados opuestos en algunas cuestiones, como subraya Pelletier. Por ejemplo, Mackinder, partidario de la política colonial británica en Oriente, no podía pensar en un Oeste que comprendiera el mundo islámico. Para él en Occidente “la parte del león compete a Europa, cristiana y unida, abierta al Atlántico: el Mediterráneo no existe para Mackinder más que como espacio de separación”¹⁰.

La segunda implicación es la inconsistencia, según Reclus, de las explicaciones referidas a las diferencias de poder y de desarrollo tecnológico entre estas dos áreas, con argumentos étnico-raciales. Para Reclus son razones geográficas, que explican la distinción y explican también por qué la parte occidental, después de haber recibido durante siglos las novedades y las invenciones de Oriente, ha sabido propulsar la difusión de imposiciones de su propia civilización. O, mejor, de la civilización entendida simplemente como suma de conocimientos, porque la única civilización contemplada por Reclus es la humana. Este pasaje es de una importancia absoluta porque es aquí donde el Reclus científico niega de raíz todas las teorías de superioridad “racial” contra las que combatía también en el ámbito militante. “Despreciando esa presunta diferencia racial, debemos readaptarnos a las condiciones geográficas del mundo oriental para explicar su retraso respecto al desarrollo de Occidente”¹¹.

Como decíamos, la razón geográfica fundamental es la presencia en Occidente de un centro unificador, concretamente la cuenca mediterránea, que desde la antigüedad ha sabido hacerse vehículo de intercambio, comunicación y eje de la primera unidad política fuerte realizada por el Imperio Romano. “Ni siquiera era posible encontrar un centro común para el mundo oriental en las costas del continente”¹². Las civilizaciones india, malaya o china se han encontrado a menudo desplegadas en abanico dando la espalda a la gran barrera de las montañas centroasiáticas, y no encontrando en el gran “hemisferio oceánico” sobre el que se asomaban, las mismas posibilidades de difusión y comunicación.

Precisamente porque era difícil pasar por esas sendas y esos caminos de carros, es por lo que podían atravesar de Este a Oeste el Asia central viajeros y emigrantes, pero si se cerraban por motivos políticos y militares, o físicos o climáticos, quedaba el mundo otra vez dividido en dos. Sin embargo, ese mundo tiene también algunos elementos de unidad geográfica: el bloque

de Eurasia, como Reclus explica en la NGU, en su introducción general al continente asiático, al comienzo del sexto volumen sobre el Asia rusa, llega a formar un supercontinente con constantes intercambios humanos, precisamente por lo que es una de sus características distintivas: la disposición en el eje Este-Oeste particularmente favorable no sólo a los cambios humanos sino también a los de especies animales y vegetales que han caracterizado la alimentación y el estilo de vida del hombre en las diversas fases de la historia. “En Asia, las especies pueden propagarse de un extremo a otro del continente siguiendo las líneas de la latitud o apartándose un poco a través de los cortes entre los altiplanos”¹³.

Esto mismo respecto al nuevo actor de la historia y las expansiones humanas, particularmente la europea, tendrá un cambio, las Américas, y modificará el modelo de pensar el movimiento y las posiciones tanto relativas como absolutas. Sobre todo, se aprecia ese giro del globo, esa globalización por la que “el dominio siempre creciente de la influencia europea ha terminado por abrazar al mundo entero”¹⁴ en el sentido literal, o mejor dicho global, del término, es decir, como subraya Pelletier “hasta el Japón”¹⁵.

La conclusión de Reclus es que precisamente gracias a las cada vez más afianzadas redes de intercambio global, “gracias a la compenetración recíproca, el contraste entre Este y Oeste está disminuyendo gradualmente”¹⁶. El objetivo es el fin de los conflictos entre estos dos mundos, en función de la idea de hermandad universal que el progreso, la cultura y el recíproco conocimiento, según el geógrafo anarquista, deben llegar a hacerlo real. Con este procedimiento parece que cortamos de raíz todos los análisis que presuponen la idea de civilizaciones inevitablemente contrapuestas, y que un siglo después llevaron al concepto de “choque de civilizaciones”¹⁷ sobre el que todavía se debate.

La metáfora geográfica de este acercamiento entre gentes hasta ahora divididas es la imagen con la que concluye el artículo, en la que a la civilización no le queda más que decir “¡Hemos acabado con el Himalaya!”¹⁸

Volviendo a las implicaciones de estos conceptos en la disciplina geográfica, es necesario insistir sobre esa relatividad de los conceptos Este y Oeste con los que Reclus empieza. Si bien, hay que considerar que este problema es más complicado que la definición de Norte y Sur, menos problemático

porque sobre el globo terráqueo utilizamos el sistema convencional de los paralelos, que marcarán siempre un punto más al norte o más al sur de los demás. Esto no sirve para la longitud, porque nunca se puede dar un punto absolutamente más el este o al oeste de cualquier otro.

Si queremos analizar más a fondo el procedimiento que ha utilizado Reclus desde el punto de vista topológico, debemos preguntarnos: si esto no sucede en el globo terráqueo, ¿dónde podemos encontrar las definiciones precisas de Este y Oeste? La respuesta es evidente: en cualquier mapa bidimensional. Dada una orientación, cualquier punto en un mapa plano, lógicamente está sin duda más el este o más al oeste de otro, y lo es también más o menos respecto al centro geométrico que define la jerarquía de tal representación. Todo esto no sería posible en una esfera, sobre cuya superficie no existe centro ni jerarquía. También porque la razón cartográfica excluye la metáfora: hay una correspondencia biunívoca entre el objeto representado y la representación, *tertium non datur*¹⁹. Precisamente porque con esta lógica razonan, o han razonado, las representaciones de los Estados, observamos que otro lenguaje en el que son utilizados en sentido absoluto los términos de Este y Oeste, Oriente y Occidente es el de su política.

Uno de los ejemplos más notorios es el de Oriente: incluso en el lenguaje común se utiliza corrientemente este término, sobre todo asociado a los más variados adjetivos. En este caso, ha sido particularmente Edward Said quien ha demostrado que esta palabra es una invención cultural que ha tenido mucha utilidad en la construcción de los imperios europeos, ya que primero a través de la literatura y la pintura, y después con los relatos de viajes, las exploraciones y las colonizaciones, se llevaba a la mentalidad común la mitología de un Occidente y un Oriente como nombres propios, conceptos absolutos, dotado cada uno de ciertas características identificadas en los aspectos étnicos y culturales de sus respectivos habitantes. Una de las definiciones más significativas citadas por Said es la del jefe de la diplomacia británica en la época imperial, Disraeli, que a la pregunta respondió: “El Este es una carrera”²⁰. Uno de los mejores ejemplos de la objetivación de estos conceptos.

Es una “geografía imaginaria” que ha tenido una extrema consistencia incluso en el lenguaje actual, por ejemplo el término “Oriente Medio” usado por la prensa todavía hoy. No era más que una distinción utilizada en los años

de la diplomacia británica para distinguir el área sirio-palestino-mesopotámica de la que entonces giraba en torno a Estambul y el Imperio Otomano, es decir, el área egeo-balcánica. Dando por descontado, obviamente, que el mundo es una mesa y que quien detenta el poder está en el centro, pudiendo en consecuencia bautizar el propio Este y el propio Oeste.

También al contrario, el hecho de que se haya hablado recientemente de “occidentalismo” establece una lógica completamente especulativa respecto a este modo de pensar que tiene necesidad de absolutos. Y que se une a todas las concepciones políticas y religiosas que necesitan definiciones indiscutibles en las que encasillarse, como la de “cultura occidental”. No es una casualidad que, de ambos lados, los actuales partidarios del “choque de civilizaciones” sean los mismos que condenan el “relativismo”, es decir, la pretensión de que existan realidades dinámicas y complejas que puedan ser investigadas con aproximaciones no exentas de problemas, sin plantear un punto de referencia fijo e indiscutible, geográfico y teológico, que sea por definición el centro de todo.

Para dar una definición de Este y Oeste, Reclus debe actuar como si confeccionase un mapa. Intenta huir de este problema incluso con el recurso al “giro de la Tierra” y al llamamiento a acabar con el Himalaya. El geógrafo sabe bien de los peligros de su discurso, de una lectura del mundo que legitime cualquier superioridad cultural o, peor aún, racial. Precisamente es la red de migraciones y cambios en la superficie del globo la que empuja a los geógrafos anarquistas, coherentes con su proyecto de una ciencia dirigida a la emancipación de la humanidad, a utilizar como instrumento científico la topología del globo terráqueo, de la esfera en cuyo interior ningún punto está jerárquicamente subordinado a otro y sobre el que el género humano tiene la misión de vivir como una asamblea fraterna. Y no producir choques de civilizaciones.

La identidad de Europa: articulación costera y libertad ciudadana

La Geografía de la segunda mitad del siglo XX ha criticado mucho la perspectiva eurocéntrica de los estudios y de las representaciones del mundo, en particular las proyecciones cartográficas que de Mercator en adelante colocaban el continente europeo en el centro de los planisferios,

con una proporciones que, a causa de la “latitud creciente” hacían aparecer mayor la extensión de las tierras más cercanas a los polos, sobre todo en el hemisferio boreal, y menor en la de los países comprendidos alrededor de la franja tropical²¹. Para muchos autores, los geógrafos y los cartógrafos son considerados, en toda la época moderna y en todo el periodo colonial, como soldados que siguen a los ejércitos coloniales, a los que suministraban auténticos instrumentos de conquista. “Junto a los fusiles y los barcos de guerra, los mapas han sido armas del imperialismo”²².

Se ha discutido mucho cómo Reclus, geógrafo anarquista e internacionalista, concede a Europa una posición preeminente al comienzo de su obra, por lo muy redimensionada y “relativizada” respecto a trabajos como el de Malte-Brun. Se trata de un problema tan delicado que se ha abierto un debate entre los historiadores de la Geografía, en el que se preguntaban si Reclus era o no un “colonialista”²³.

Trataremos de entender aquí, a la luz de sus textos, el pensamiento de un geógrafo anarquista sobre el continente del que nace todo su razonamiento. Partimos de la Introducción a la NGU, donde el geógrafo justifica escrupulosamente su opción, defendiéndose por adelantado de la acusación de querer hacer de la propia “patria” el centro del mundo. Al no existir entonces términos como “eurocentrismo” o “etnocentrismo”, se hace referencia a la tendencia a sentirse superiores que tienen los más variados grupos humanos. “La más pequeña tribu bárbara, el más pequeño grupo humano, piensa que ocupa el centro del Universo, y se considera el representante más perfecto del género humano”²⁴.

De igual modo se proporcionan ejemplos de términos despectivos con los que gran parte de los pueblos designa a los propios vecinos, para precisar que “si damos el primer puesto a Europa en nuestra descripción de la Tierra no es por prejuicios similares (...) el continente europeo es el único del que toda la superficie ha sido recorrida y explorada científicamente, cuyo mapa está completo y su inventario material casi finalizado”²⁵.

Un primer motivo bastante pragmático: se comienza por la región terrestre mejor conocida y explorada. Se trata de una región que, a pesar de su limitada superficie respecto a Asia y a América, contiene en aquel momento una cuarta parte de la población del mundo. En la historia de los continentes, según Ritter, “la configuración de las diversas partes del

mundo o individuos planetarios, [ha hecho] que por la influencia de las leyes generales y de la propia fuerza plástica, se hayan desarrollado de una manera diferente”²⁶.

El principio más importante y que constituye la primera característica peculiar de la identidad de Europa es el de la articulación litoral: aun siendo menos extensa que Asia y África, posee un desarrollo costero en proporción mucho mayor tanto sobre la vertiente mediterránea como sobre la atlántica, y esto ha constituido una ventaja para las comunicaciones y los primeros intercambios comerciales históricos, y por la variedad de experiencias y de cambios facilitados a los habitantes de esta parte del mundo. Mientras que Asia, por sus dimensiones y por la riqueza de áreas como el Creciente fértil, podría ser la cuna de la civilización, Europa estaba destinada a transmitir esa civilización.

Europa es la prolongación de Asia central, pero cuanto más avanza hacia el oeste, más se desarrolla de forma independiente. Supera a su vecina de Oriente por la riqueza de articulaciones y de cadenas montañosas que no impiden ni por la altura ni por la extensión la comunicación de sus partes entre sí. De manera que su cuerpo abierto por todas partes (...) ha seguido un desarrollo regular, y la armonía de la forma triunfante sobre las fuerzas de la materia ha dado a la pequeña Europa la preponderancia sobre los grandes continentes²⁷.

Un movimiento que, como decíamos, es tanto histórico como geográfico porque se corresponde con un traslado del eje de la civilización, es decir, de los temporales “centros del mundo”, de sudeste a noroeste, del Mediterráneo oriental a Italia, primero con el Imperio Romano y después, en parte, en el Medioevo, con las repúblicas marítimas de Génova, Venecia y Amalfi. El testigo pasará después a la Península Ibérica entre los siglos XV y XVI, y sucesivamente a las modernas talasocracias oceánicas holandesas e inglesas. “Grecia, la más bella individualidad del mundo antiguo, podía reclamar el título de dominadora del Mediterráneo. Hoy las Islas Británicas, los más diversificados y ricos puertos de Europa, se han distinguido entre todas las naciones”²⁸.

Porque aparte de las penínsulas y promontorios, la articulación también es ofrecida por los sistemas insulares. La primera distinción que hace Ritter

es entre islas vecinas e islas lejanas a la tierra firme de referencia. La isla cercana favorece los intercambios y el tránsito, y en este sentido Europa está en ventaja porque contiene estos sistemas tanto en el Mediterráneo como en el Atlántico. “El sistema insular de Europa se distingue ventajosamente de todos los demás. Sus costas e islas circundan el continente como satélites, sirviendo de prolongación oceánica”²⁹.

Pero precisamente por este movimiento, las cosas cambian: la geografía es algo móvil. Será el mismo Reclus quien exprese algunas de las metáforas geográficas más adecuadas para definirlo: son metáforas tomadas de la geometría o de la anatomía, como tenían por costumbre Estrabón y Ritter, como la de las islas y penínsulas del Egeo, comparadas con los circuitos cerebrales con los que la humanidad comenzó a pensar, expresadas en el primer libro de la NGU³⁰. Esta metáfora encuentra su continuación en un artículo, escrito por Reclus en los años en que finalizaba la NGU, titulado *Hégemonie de l'Europe*, en el que se puntualiza que si allí está el origen del pensamiento, se aprecia también que de allí siempre partían los caminos por los que han transitado los saberes. El texto se publica en la revista francobelga *La Société Nouvelle*. “Las vías históricas sobre las que fluían y reflúan las migraciones y se propagaban las corrientes comerciales y de pensamiento entre los pueblos, tuvieron en el gran organismo terrestre el papel que tienen los nervios en el cuerpo humano”³¹.

Los centros neurálgicos de estas vías de comunicación discurren como las poblaciones: se pueden trasladar; un elogio de la variedad, de la penetración del elemento líquido y del elemento sólido en el sistema europeo. Pero Reclus no se limita a constatar el dato histórico: asume la naturaleza global del funcionamiento presente del mundo. Ya observaba Ritter que con el ascenso de América, dispuesta de Norte a Sur, la vieja línea Este-Oeste que ha llevado durante milenios la historia euroasiática se ha roto y, siempre en relación con la potencia y variedad de los territorios, “podemos prever la futura preponderancia del doble continente americano, todavía joven pero realmente gigantesco en su desarrollo longitudinal; podemos comprobar la supremacía de la parte marítima de América del Norte sobre las penínsulas de Europa y de Asia”³².

Esta previsión, con algunas décadas de distancia incluso en la NGU, ha sido retomada y posteriormente “globalizada”, no obstante la todavía

fuerte hegemonía europea. “No cabe duda de que la igualdad acabará por prevalecer no sólo entre América y Europa, sino también entre todas las partes del mundo”³³.

Es preciso considerar aquí, para entender el pensamiento reclusiano, que a este concepto de la “hegemonía”, que tiene las características económicas y políticas criticadas por el geógrafo anarquista, se asocian inseparablemente valores universales que para Reclus son: el pensamiento positivo, que va de la filosofía griega al Iluminismo y culmina en la *Declaración universal de derechos del hombre*; la civilización unida a la idea optimista de un progreso técnico y científico que es también progreso social; por último, la importancia de la movilidad de las poblaciones en la historia pasada y en el futuro, para llegar a la esperada mezcla, sobre la que volveremos.

De aquí se deriva la idea del Mediterráneo antiguo como cuna de las ideas básicas de la civilización humana: las enseñanzas de los antiguos pensadores griegos eran, para Reclus, las de un espíritu laico que hacía de la religión una dimensión muy personal, diferente de la de las grandes religiones monoteístas en las que la divinidad produce terror y los dogmas, según el geógrafo anarquista, inhiben el desarrollo de la ciencia y el libre pensamiento. Después, los primeros pasos de las ciencias físicas y naturales, que en la visión progresista de Reclus serán la luz destinada a disipar las tinieblas de los dogmas y de las supersticiones. Finalmente una cierta idea de cosmopolitismo, que se relaciona directamente con los pasajes más avanzados de la citada Declaración:

Pero el principio de la gran fraternidad humana fue afirmado más nítida, enérgica y elocuentemente por los pensadores griegos: después de haber dado los más bellos ejemplos de solidaridad cívica, los helenos afirmaron contundentemente el principio de lo que dos mil años después se llamó la Internacional. Demócrito era “ciudadano del mundo”, y Sócrates, según la tradición, habría afirmado que su patria era “toda la tierra”³⁴.

Para Reclus, que va más allá de Ritter, la articulación del territorio está ligada también a otro fenómeno, las libertades políticas: Europa, que retomando una imagen ya cara a Estrabón “brilla entre todos los pueblos por su forma increíblemente viva, bastante parecida a la hoja del plátano”³⁵, estaba

dotada de puertos cuidados y de buenas estaciones en las vías comerciales. Y además, estaba a la vez bien protegida.

En la época en la que se desarrollaba la vida nacional de sus pequeñas repúblicas, el arte de la navegación militar no estaba todavía suficientemente avanzado para que las poblaciones temieran el peligro de las grandes flotas de guerra; el único intento verdaderamente temible, el de los persas, sucede en una época en la que la civilización griega estaba al completo de sus fuerzas³⁶.

Toda la Europa mediterránea estaba protegida por el lado de tierra por un sistema de montañas que para Reclus explica también las ventajas territoriales de las que gozaba la antigua Roma, y la posibilidad de mantener la libertad durante los periodos de invasiones del Este a las pequeñas comunidades de ciudadanos que se convirtieron, ya en el Medievo, en municipios italianos. No es casualidad que en la definición de Europa incluso en estudios posteriores de historiadores y geógrafos, de Henri Pirenne a Lucien Febvre, se hayan referido a ella como concepto defensivo. Citamos solo a un geógrafo que se ha reencontrado hace pocos años con el problema de definir qué es Europa, concluyendo con la idea de que la principal característica que ha conducido a forjar la identidad europea ha sido la conformación de una serie de llanuras y valles que han permitido a diferentes comunidades agrícolas, durante los siglos de las migraciones del Este, “resistir las invasiones”³⁷.

Son comunidades que han estado en el origen de todo un movimiento de experiencias ciudadanas, de entonces a la Edad Moderna, caracterizadas por formas de libertad republicana que Reclus conecta directamente con la tradición de la *polis* griega.

¡Siena y Florencia, Génova y Venecia! Los municipios de España y de las Baleares, los de Francia y Flandes, la hansa germánica, fueron cada uno en su tiempo los grandes centros de la vida social, realizando sin saberlo una aurora de la futura sociedad de comunidades libres y federadas (...) Más tarde, las Provincias Unidas, casi invisibles sobre el mapa, fueron para una o dos generaciones la representación gloriosa del género humano, y París, después de haber sido la ciudad de los enciclopedistas, se convierte en la ciudad de la revolución³⁸.

Hegemonía y colonialismo

Llegados a este punto, es preciso razonar sobre lo que es el reverso de la moneda de esta hegemonía, y se debe hacer a partir de la nación que lo representa mejor, la patria de la Revolución Industrial, y la detentadora del imperio más grande y cosmopolita que haya nacido jamás de una nación tan pequeña: la Gran Bretaña. Que Reclus conoce bien, admira como nueva Grecia proponiendo en el artículo citado un encendido parangón entre la moderna Londres y la antigua Atenas, pero de la que no esconde la responsabilidad. “Sabemos cuál ha sido y cuál es todavía la suerte de Irlanda, qué la conquista de Italia, qué fue ayer el exterminio de los maoríes y hoy la masacre de los matabeles; conocemos los centros de trabajo y los tugurios de Whitechapel”³⁹.

Pero su dominio está destinado paradójicamente a llevar en su seno los gérmenes de su propio fin, al enseñar a los pueblos que alguien todavía consideraba “inferiores” las técnicas y los saberes con los que se emanciparán, arruinando a sus actuales amos: “La civilización europea ha llegado a la negación de su punto de partida. Tendía al dominio, a la superioridad, y con sus conquistas construye la igualdad”⁴⁰.

Nos encontramos ante una postura sin duda original respecto a la de la gran mayoría de los geógrafos contemporáneos, habitualmente parapetados tras la apología de las conquistas coloniales de sus respectivas naciones. Es una visión de la que se habla también en el texto de la NGU, en el caso específico de la Gran Bretaña, donde se proporcionan algunos ejemplos de lo que entiende el geógrafo por constitución de la igualdad. Se parte de una crítica del colonialismo británico con tonos más severos aquí, en una obra publicada por Hachette y según algunos “censurada”, y en el periódico anarquista citado.

En muchas ocasiones los ingleses no han sabido más que destruir, aniquilar. En Tasmania han exterminado hasta al último indígena. En el continente australiano, algunas tribus huyen ante ellos como canguros; pero la primera especie selvática está amenazada de próxima destrucción. En Oceanía ¡cuántas islas han sido despobladas por ellos! Y en sus colonias americanas, ahora convertidas en los Estados Unidos ¡cuántas naciones indias han masacrado odiosamente! Sin contar

las muertes que han producido con el aguardiente y los vicios de importación europea⁴¹.

El contraste entre las pequeñas dimensiones de la metrópoli inglesa siempre se resalta, incluso mediante la utilización de mapas temáticos, y con una posterior metáfora de la diferencia entre la escasa extensión y el inmenso poder de la propia Europa, con una atención a la diferencia entre *settled* colonias e *invaded* colonias. Para el geógrafo anarquista hay una distinción incluso ética entre la ocupación diferenciada de la dominación militar, y la emigración de familias de colonos que van a poblar territorios ultramarinos, y concluye con una condena de los ciudadanos exterminados en las poblaciones indígenas. Y en el caso británico se demuestra más claramente esta diferencia.

Entre las posesiones inglesas, algunas –como Canadá, Australia y Nueva Zelanda- han adquirido una existencia realmente independiente y se desarrollan en libertad, aumentando la propia fuerza junto a la autoridad moral de la metrópoli (...) pero no es así en la India. Allí los ingleses no están en su casa: en número de algunos millares, se han establecido como dominadores⁴².

Esto permite clarificar una distinción terminológica fundamental. Si hoy conocemos como “colonialismo” lo que ha sido la expansión europea en ese periodo histórico, para Reclus el término “colonia” sirve para indicar otra cosa, y lo explica en el volumen de la NGU dedicado a la India. En vista de la absoluta inconsistencia demográfica de los europeos afincados allí, que son fundamentalmente militares y funcionarios, y de que la dinámica de los costes de la mano de obra ha considerado conveniente desanimar a la emigración de familias de cultivadores europeos, para Reclus “se habla a menudo de la India como de una *colonia* británica, tal es la tiranía de las palabras puestas en el lugar de la idea que se cita como ejemplo del *genio colonizador* de los anglosajones. Y es de todo lo contrario de lo que la Península Indostánica puede ser citada como ejemplo”⁴³.

Hay más plantadores blancos, prosigue el geógrafo, en la isla de Guadalupe que en todo el Indostán. Allí, por el motivo antes subrayado, los ingleses se sienten como una casta aparte, y “verían con desagrado a los

compatriotas comprometer con el trabajo manual el prestigio de su autoridad. La India es un país de conquista, no una colonia”⁴⁴.

Es esta una diferencia sustancial entre *conquista* y *colonización* que es necesario tener presente si se quiere entender a Reclus, que utiliza, en la crítica al hecho colonial, una terminología que no es la del anticolonialismo de la segunda mitad del siglo XX, y su posición, por ejemplo, en relación con la presencia francesa en Argelia. La idea de que una colonia se pudiese hacer sin presencia militar, un aparato burocrático y un Estado de apoyo nos parece explicada muy claramente desde las ideas anarquistas de Reclus, respecto a las que no se puede en absoluto hablar de incoherencia. Para comprender esto añadiremos que en ese periodo histórico muchos grupos anarquistas teorizaban o practicaban experiencias de colonias agrícolas experimentales en áreas tropicales, como por ejemplo la experiencia de “Cecilia”, intentada en Brasil por un grupo de anarquistas italianos⁴⁵. El propio Reclus, en sus años juveniles de viajes tras la huella de Humboldt, había proyectado construir en la Sierra Nevada de Santa Marta (Colombia) una experiencia agrícola parecida que, si se hubiese realizado, habría implicado a su familia y a otros exiliados republicanos⁴⁶. El asentamiento de trabajadores europeos en tierras ultramarinas no escandalizaba a un partidario de las migraciones y de la mezcla de todas las poblaciones, como no le escandalizaba el asentamiento en suelo francés en esos años de los primeros inmigrantes procedentes de las colonias.

Y también el contacto entre pueblos diversos, que para Reclus debe comportar a la larga desarrollos progresivos, y el ejemplo es el del encuentro entre la cultura inglesa y la cultura india. Estas naciones son tan diferentes que por mucho tiempo no se podían entender. Sin embargo, en cincuenta años la presencia de europeos, la construcción de escuelas, vías de comunicación y la alteración de un orden social rígidamente dividido en castas, ha cambiado en el subcontinente más cosas de las que se habrían modificado en el curso de varios siglos, y también ha traído un nuevo modo de pensar. Reclus concluye que si nunca “los pueblos de la India aprenden a gobernarse solos, a vivir libres y en paz en su admirable península ¿a quién, sino a los ingleses, deberán el impulso que les habrá permitido conquistar la independencia nacional perdida durante tanto tiempo?”⁴⁷.

Como han señalado recientemente algunos estudios, y en el caso de la

India se podría citar *Provincializing Europe* de Dipesh Chakrabarty⁴⁸, ha sido al propagar al resto del mundo los valores del Siglo de las Luces y de la Declaración Universal de Derechos como las potencias coloniales europeas a la vez que los han anulado en la práctica con las políticas aplicadas sobre el terreno, han enseñado la teoría a pueblos que en muchos casos después las han usado. Recientemente, Vincenzo Guarrasi ha propuesto una lectura de la obra de Reclus con las herramientas del autor bengalí, que ha visto como uno de los pilares intelectuales de la dominación la impostura historicista de esa cultura europea en la que Reclus estaba completamente integrado. El geógrafo siciliano reconoce a Reclus en el esfuerzo titánico de haber intentado, desarrollando toda su carrera en la precisa fase histórica de la que hemos hablado, el “no dejarse enjaular en el ángulo de la historia. Compartir una tradición intelectual, y al mismo tiempo contrastar la praxis política que la inspira, es la empresa titánica a la que dedica su vida”⁴⁹.

En lo que respecta a Francia, como hemos visto, estaba bastante vivo en los años 70 el debate sobre la utilidad de la expansión colonial, tras la derrota con Prusia y la pérdida de gran parte de las posesiones de Canadá, Luisiana e Indostán. De hecho, el volumen de la NGU dedicado a Francia sale en 1877, fase de relativa reducción del poder colonial francés. El mismo mapa comparativo de la extensión de las colonias respecto a la metrópoli, si por un lado muestra la enorme extensión de las posesiones inglesas respecto a la metrópoli, por otro denota una importancia menor de las francesas. Más de la mitad de éstas, desde el punto de vista de la extensión territorial, estaba representada por Argelia. Incluso económicamente, mucho menos relevante había de ser la posesión de colonias como Camboya, Senegal y alguna isla del Caribe y del Océano Índico. Reclus, en la NGU, se alinea claramente en el bando de los escépticos, que en los primeros años de la Tercera República no debía ser marginal, si los partidarios de las colonias tenían que vencer la “indiferencia o la hostilidad de los franceses hacia la colonización”⁵⁰.

El geógrafo anarquista presenta las colonias francesas como un hecho residual. En la época “para las poblaciones y para el comercio el conjunto del dominio extranjero incrementa bastante poco la fuerza de la metrópoli”⁵¹. De hecho, podría representar su debilidad, vistos los costes de mantenimiento de estas posesiones lejanas, y de poblaciones sujetas y por

ello, en la visión reclusiana, fuera de toda posibilidad de participar con una contribución autónoma propia al “movimiento de la civilización”.

La mayor parte de las colonias son muy costosas para la metrópoli, y sus poblaciones, mantenidas en estado de gran dependencia, no contribuyen más que en ínfima proporción al crecimiento de la potencia francesa. La fuerza de expansión de Francia no se puede medir por la extensión de los lejanos dominios donde ondea su bandera⁵².

Ha sido sobre todo a propósito de Argelia por lo que se ha concentrado el debate sobre el presunto colonialismo de Reclus, que habría tenido en esta caso tendencia a ser más “blando” ante el colonialismo francés que ante, por ejemplo, el inglés. A ello se debe el adjetivo “colonialista” utilizado por algunos: los primeros estudios sobre el particular, que citábamos en el párrafo anterior (los artículos de Giblin, Nicolai, Liauzu y Baudoin) han sido criticados desde el punto de vista metodológico con ocasión de un Congreso en el centenario del geógrafo anarquista.

Mientras tanto, escogiendo trabajar sobre un conjunto considerable de obras, los cuatro autores se condenan habitualmente a desmenuzar los textos, basando sus análisis en partes seleccionadas, tomadas de los capítulos generales. Sea cual sea su imparcialidad, esto les ha llevado a escribir insensateces, como por ejemplo que Reclus calla sobre este o aquel tema cuando, por el contrario, habla, pero en un capítulo que el comentarista no ha leído. Además, los tres primeros artículos carecen de un análisis riguroso del contexto ideológico, político y editorial. La postura de Reclus es vista casi por sí misma, o relacionada con una *doxa* libertaria ahistórica y necesariamente anticolonialista⁵³.

Afrontando el corpus completo de los escritos de Reclus sobre Argelia⁵⁴, en efecto, resulta que si por una parte ve con simpatía la colonización de población efectuada en aquellos años por proletarios, entre ellos su hija Magali y su yerno Paul Regnier, por otra este fenómeno no tiene nada que ver con la ocupación a menudo violenta efectuada por los mandos coloniales, por los militares y los propietarios, sobre quienes la crítica y el sarcasmo de Reclus hacia Argelia son siempre muy acerados. Para profundizar la

cuestión, en el escrito citado de Florence Deprest se demuestra que la idea de asentar con colonizaciones de trabajo y unir con los modernos medios de transporte las regiones menos pobladas del globo estaba en sintonía con el pensamiento “progresista” de los años en que era redactada la NGU, en los que no existían conceptos como “anticolonialismo” o “teoría del imperialismo”. En segundo lugar, que la idea de un Magreb listo para alojar un número importante de nuevos habitantes venidos de Europa es coherente con la idea reclusiana de unidad histórica y dinámica de la cuenca mediterránea, escenario de intercambios y traslados desde el inicio de la Historia.

Concluyendo, que en el texto de la NGU sobre Argelia hay decenas de pasajes en los que se hace referencia a acciones violentas abusivas y de todo tipo por parte de los conquistadores, que en ese periodo pasaban de puntillas en la prensa francesa. Del relato de algunas de las masacres de la guerra de conquista, como el exterminio de una tribu entera, presa y asfixiada dentro de una caverna incendiada, en la que “según el testimonio de algunos supervivientes, eran en total 1.150 personas en la caverna ahumada”⁵⁵, a la constatación de numerosas arbitrariedades: “Se cometen todavía numerosas injusticias, y los vencedores abusan siempre de su fuerza contra los débiles”⁵⁶. Hasta la denuncia de algunas leyes coloniales, como aquella que consideraba colectivamente responsables a todos los componentes de las tribus rebeldes, a quienes automáticamente se les requisaban las tierras, “medida cruel (...) bárbara (...) aparte de inútil”⁵⁷. Y sobre todo se habla de los indígenas como de sujetos poseedores de derechos y subjetividad política, negando tanto la idea del súbdito a dominar como la paternalistas de pueblo atrasado a educar, porque para Reclus estos pueblos tenían todas las de la ley para poderse conquistar la emancipación.

Afirmar a los indígenas, árabes y bereberes, como capaces de conciencia política, exponer cómo el régimen colonial acalla su voz, es reconocer que deberían tener derechos políticos, no en un futuro hipotético, sino ahora, y darse cuenta de que están privados de ellos. Escribirlo es abrir una brecha en el fundamento de la dominación colonial. Imposible de cerrar, brecha de separación básica en la que reposan todos los demás y, por ello, el edificio colonial⁵⁸.

Para confirmar la validez de este modo de afrontar el problema encajan

algunas de las cartas inéditas escritas a Paul Pelet que hemos encontrado durante esta investigación. El cartógrafo de Hachette, simpatizante de las ideas libertarias, convence a Reclus para que se adhiera a la “Sociedad Francesa para la Protección de los Indígenas de las Colonias”, fundada el 29 de noviembre de 1881 por Paul Leroy-Beaulieu y Vincent Schoelcher⁵⁹. Estos personajes, con fuertes tendencias políticas en la izquierda republicana partidaria de la expansión colonial, siendo el primero consejero de Jules Ferry y el segundo senador, no convencieron al geógrafo, que en una carta escrita entre diciembre de 1881 y enero de 1882 habla a su amigo con cierto sarcasmo: “Vuestra sociedad de protección de los indígenas ¿ha hecho algo? Lo deseo de verdad, pero (aquí al anarquista se le ve la oreja) ¿cómo hacer algo si se empieza a nombrar presidentes-propaganda?”⁶⁰

En una carta del 6 de marzo de 1884, el geógrafo reprende a su amigo: “¡En fin! Todavía no me has permitido borrar me de la Sociedad Protectora de los Indígenas”⁶¹. La decisión definitiva de alejarse de la benemérita sociedad la tomó Reclus en su primera estancia en Argelia, efectuada para la redacción del undécimo volumen de la NGU, dedicado a los países del Magreb. La observación de la realidad argelina le hace pensar que no siempre los buenos propósitos se corresponden con las acciones, y escribe desde Argel el 28 de mayo: “Has de saber que por varios motivos he pertenecido de mala gana a la Sociedad Protectora de los Indígenas, pues pensaba que sería siempre honorable y bueno ponerse de parte de los débiles. Pero aquí me doy cuenta de que la cuestión es muy compleja y que, diciendo protección, a veces se puede seguir la obra de opresión”⁶².

El paternalismo no le parece que pueda aplicarse a pueblos que ha descubierto en este viaje, y que considera compuestos ya por su cultura, por ciudadanos más que por súbditos o “primitivos” a educar: “Estoy absolutamente maravillado con la mística de los cabileños y sería muy feliz si pudiera volver a estudiar sobre el terreno a estos admirables ciudadanos”⁶³. Reclus adjunta copia de su carta de dimisión al secretario de la Sociedad, basándose precisamente en la reflexión de la orilla meridional del Mediterráneo: “Estudiando las cuestiones argelinas constato que no las he llegado a conocer y estoy lejos de conocerlas todavía. Me equivoqué al entrar en la Sociedad Protectora de los Indígenas”⁶⁴.

Continuando en los meses sucesivos con esta correspondencia, Reclus

aporta nuevas motivaciones a su decisión, e insiste en la repugnancia que le produce el título de *protector*, y sobre su escasa estima hacia los administradores de la Sociedad. Cita, con buena dosis de ironía, conversaciones mantenidas con amigos en el Magreb, probablemente ligados al entorno de sus familiares, seguramente algunos de los anarquistas establecidos allí con los que estaba en relación⁶⁵.

Sí, me ha sorprendido la unanimidad de su juicio sobre la Sociedad Protectora. Todos la acusan de hacer por desconocimiento lo contrario de lo que se propone; todos ven una perversa deriva de imperio; todos la acusan de tener como agentes indígenas a los peores entre los opresores; todos tienen tres bestias negras: el militar, el jesuita y el “protector”. “¡Peste! –me han dicho- estamos en buena compañía”⁶⁶.

Y es aquí donde anticipa muchas de las críticas al colonialismo que serán expresadas explícitamente en los ambientes revolucionarios sólo a partir de los años sucesivos. Es significativo que incluso la toma de contacto con la realidad argelina le haga afirmar estos conceptos, con los que cierra la discusión referente a la Sociedad Protectora.

Vuelvo de Argelia con el horror de la conquista, más profundo de cuanto lo aprecié al principio. He oído repetir tanto por bocas guerreras el “¡Hay que matarlos a todos!” que tengo que quitar mi nombre de la lista de los que admiten el principio de la conquista. Proteger a los indígenas con las leyes francesas significa que serán súbditos franceses. Si por mi piel, mi lengua y mis costumbres soy solidario con los conquistadores, no tengo más que una cosa que hacer con respecto a los indígenas: hacerme perdonar mi participación en el crimen. No tengo nada que hacer entre los “protectores”: no tenemos ni los mismos sentimientos ni la misma voluntad⁶⁷.

Reclus está totalmente fascinado con los usos comunitarios de los cabileños, que le recuerdan la democracia directa que tanto había apreciado en la historia de las ciudades europeas desde la *polis* griega al burgo medieval. La institución comunitaria de la *djemahá*, la asamblea de las poblaciones cabileñas y bereberes, es contemplada como una supervivencia de esta anti-

gua tradición de libertad, anterior a la invasión árabe. Y no se sabe que los propios indígenas despreciados hicieran lo mismo que tiempo atrás hizo la *Graecia capta* con el feroz vencedor romano. “Recuerdo con alegría los dos o tres días pasados en la Gran Cábila. Tendré que volver para aprender entre esa buena gente (...) ¡Pueden los cabileños civilizar a sus vencedores!”⁶⁸ Las discusiones con Pelet sobre la cuestión de Argelia prosiguen hasta diciembre de 1884, cuando el geógrafo anarquista afirma que aprobaría a los indigenistas “si los indigenistas concedieran a los indígenas todos los derechos, incluido el de darles con la puerta en las narices”⁶⁹. El pensamiento del autor de la NGU respecto a la ocupación francesa de Argelia parece, en la correspondencia de estos meses, dibujarse con cierta claridad, alejándose de algunos de los estereotipos que citábamos más arriba.

Pocos años después, en 1888, Reclus manda a un periódico inglés un artículo (del que desconocemos la suerte) en el que indica que al final de la Comuna, los militares habituados a masacrar a los árabes, retornados a París “destrozaban los suburbios con su artillería, igual que habían destrozado los pobres *brodji* de los árabes. Francia pagará igualmente por Tonkín y Formosa. El reflujo de la Historia llevará al castigo por las maldades cometidas”⁷⁰.

Si consideramos este reflujo de la Historia y lo comparamos con las decenas de afirmaciones en que en la NGU se declara que la civilización universal llevará a la emancipación y a la liberación de los pueblos oprimidos, la impresión es que se expresa el mismo concepto de otra forma. Se podría incluso decir que Reclus, cuyas cartas citadas expresan un pensamiento ya radicalizado sobre el problema colonial, se apresta a atenuar sus afirmaciones en función de los compromisos adquiridos con el editor de la NGU, al menos en lo referente a Argelia.

Pero si queremos hacer un intento por valorar la entidad de este hipotético “compromiso”, debemos recordar que si existe un aspecto, no eterno pero al menos de larga duración, de la *doxa* libertaria citada más arriba, es que el problema colonial no será nunca –ni siquiera en el siglo XX– la prioridad de los movimientos anarquistas europeos, ya que en las concepciones que ha elaborado este movimiento en tal periodo, la urgencia de la liberación nacional está categóricamente subordinada a la de la revolución social: en síntesis, el interés de un proletario argelino es rebelarse contra el

patrón, independientemente de que sea francés o argelino. A la luz de estas consideraciones, el cuadro parece en conjunto más coherente.

Pero para el conjunto de la NGU debemos encuadrar históricamente el problema: en los años de redacción de la obra, la expansión colonial no ha llegado todavía al culmen, y sus efectos son en muchos casos muy poco conocidos, y no se debaten ni siquiera en los ambientes progresistas. Por ejemplo, a mediados de los años 80, cuando se redactan los dos volúmenes de la NGU sobre el África subsahariana, la penetración europea, y sobre todo la que dará a los franceses vastísimos territorios en África occidental, está en sus comienzos y limitada a los emporios costeros. En lo que respecta a la Costa de Marfil, “los emporios franceses, pertenecientes casi todos a una casa de La Rochela, son poco numerosos”⁷¹. En la antigua Costa de los Esclavos, si bien cuatro naciones europeas extendieron su influencia en la zona, “en la parte norte, hacia el interior, su dominio no tiene todavía límites precisos. Poquísimos son los viajeros que han penetrado en estos parajes”⁷². Además en uno de los más antiguos destinos marítimos de los europeos, Senegal, se constata que “las posesiones francesas de la Senegambia no tienen todavía más que una ciudad digna de ese nombre, la capital”⁷³.

También en otras situaciones, como la de la Indochina francesa, el texto que se ocupa de ella, redactado a comienzos de la década, revela una evidente falta de noticias e informaciones precisas, hasta tal punto que las páginas dedicadas a la parte oriental de la península son sólo algunas decenas⁷⁴. Está claro que resulta difícil criticar aquello que todavía no ha sucedido o de lo que, en cualquier caso, no se tienen elementos suficientes.

Es en 1899, pocos años después de la publicación de la NGU, y anticipadamente respecto a los debates de la primera década del siglo posterior, cuando Reclus madura tomas de posición pública radicales sobre el conjunto de la cuestión colonial. La ocasión la ofrecen una serie de reseñas para *L'Humanité Nouvelle*, en las que se destruyen sin piedad algunos ejemplos de literatura colonial, por ejemplo *Jours de Guinée*, de Pierre d'Espagnat, un libro de cuya lectura, para Reclus, no se mejora y que se termina de leer con un suspiro de alivio para quienes, en vez de en una colonia, tengan la fortuna de vivir en tierras

donde el ultraje a los negros no denote buena educación. Estas páginas son exhaustivas sobre la *civilización* que nuestros compatriotas llevan al continente africano. Se describen los pequeños prisioneros de siete u ocho años cuyos padres han sido degollados, llevados a la ciudad de los mercaderes para ser vendidos a cualquier jefe negro o a cualquier comerciante europeo que completará su educación a palos⁷⁵.

Cualquiera que haya leído a Reclus sabrá que para llegar a usar de modo sarcástico la palabra *civilización* tiene que estar muy indignado, como por ejemplo, ante el hecho de que en las colonias se explote la trata de esclavos de tiempo proscrita y condenada. Irónica es una nota sobre *La colonia Eritrea* del italiano Meldi, en cuyo relato de las desastrosas tentativas coloniales de la Italia de Crispi, “se sobreentiende que para el autor, siempre impregnado de fe patriótica, los italianos en esta campaña siempre han tenido el derecho de su parte, tanto contra las poblaciones indígenas como contra sus rivales europeos”⁷⁶.

El problema de la trata de esclavos se vuelve a mencionar cuando se habla de Indochina, ante la que el geógrafo se entristece tras la lectura de un libro que “enumera los industriales y especuladores ávidos de oro que se han establecido en el país para explotar a fondo a los veinte millones de anamitas y de tonkineses”⁷⁷ dando testimonio del caos administrativo en la colonia, pero sobre todo del hecho de que también “bajo la administración del republicano radical Doumer, la trata de los anamitas se establece en beneficio de algunos tragaldabas bien recomendados por los banqueros parisinos. Para comprar un hombre basta con hacerle firmar un papel escrito en francés”⁷⁸. Así es como Francia exporta la civilización. ¡Se reduce a uno a la esclavitud firmando las hojas escritas en la lengua de la *Déclaration!* Pero lo que hace enfurecer más al geógrafo anarquista es la *Psychologie de la colonisation française*, de Léopold de Saussurre, en la que “los fanáticos del imperio colonial pueden encontrar abundantes ejemplos del sesgo practicado en la educación de nuestros *hermanos inferiores*”⁷⁹. Al sarcasmo sigue la invectiva con respecto a todos aquellos europeos (franceses, ingleses, alemanes u holandeses) que desembarcaron en tierra extranjera considerándose infinitamente superiores a las poblaciones locales. No nos asombremos, concluye Reclus, si ese poco de instrucción europea que les

llega agudiza su espíritu de revuelta. “¿Cómo podría ser de otra manera? Este odio del esclavo que se subleva contra nosotros está justificado, y prueba al menos que no se han perdido todas las esperanzas de emancipación (...) ¡es justicia!⁸⁰

En la misma revista aparece una intervención más larga, obra de un viejo amigo de los hermanos Reclus, Félix Tournachon “Nadar”, que saldrá un año después como una de las primeras denuncias públicas, en Francia, de los crímenes coloniales cometidos por la “madre patria”, con ocasión de la deportación a Europa de la que era formalmente la legítima reina de Madagascar, la niña Ranavalona.

Y a aquella que representaba a un pueblo nosotros le hemos quitado todo, nosotros los civilizados, “raza superior”, le hemos matado a sus criados, nosotros los cristianos, pero también los más fuertes, hemos expulsando e intentado degollar como “rebeldes” a quienes pudieran resistirse, y al fin la hemos traído como “prisionera de guerra” (esa es la palabra).

La sádica curiosidad objetiva del inglés Stanley, otra “raza superior” de lo más gloriosa, anhelaba el alba y frenaba la golosa impaciencia para fotografiar metódicamente con su cámara los sucesivos “números” de la joven escogida para ser descuartizada viva y devorada aún palpitante por la tribu antropófaga donde el buen inglés se encontraba como en su propia casa. ¿Por qué no admitir que la ha probado? Si basta con ser el más fuerte para expropiar, matar o hacer prisionero a nuestro vecino, si nuestra ambición no es otra que rivalizar con las naciones predatoras ¿a quién llamaremos bandolero?⁸¹

Al fotógrafo que había explotado la emoción difundida por la suerte de la “pequeña reina” llegan de inmediato las felicitaciones de Élie Reclus: “Gracias, querido Nadar, por haber hecho algo, no por atenuar un crimen tan grande como la nación francesa, sino por haber subrayado que no todos los franceses son cómplices”⁸². Estamos en un ámbito que afronta precozmente un problema sobre el que el movimiento obrero europeo todavía no tiene las ideas claras.

Podemos pensar, a la luz de esta clara evolución finisecular hacia la denuncia pública de los crímenes coloniales, que la NGU sentó las bases para el desarrollo sucesivo del pensamiento que se expresa en la revista

belga, al redimensionar Europa como una parte del globo que ocupa poco más de un cuarto de la obra; al presentar las poblaciones de todo el planeta según el principio de la unidad humana, del respeto a las diferentes culturas; en la constante búsqueda de la mezcla histórica que permanentemente las ha apartado y combinado; al presentar un globo terráqueo sobre el que no existen un centro y una periferia y sobre el que se repiten los llamamientos a la fraternidad entre los pueblos, enunciados genéricamente pero sin duda utilizables para conclusiones más “avanzadas”; y al insertar donde es posible, como hemos visto en los casos de la India y Argelia, reclamos y episodios que demuestran la naturaleza no precisamente benévola de la civilización europea. No olvida en el texto de la obra a los Estados colonialistas más pequeños, como en la definición de Holanda como “parásito de Java”⁸³. Y todo esto no en un panfleto anarquista sino en una edición Hachette de primera línea.

Notas:

1.- Cfr. G. Dunbar, *Elisée Reclus historian of nature*, Archon Books, Amden 1978; F. Ferretti, *Il mondo senza la mappa: Elisée Reclus e i geografi anarchici*, Zero in Condotta, Reggio Emilia 2007.

2.- É. Reclus, “East and West”: *Contemporary Review* 66 (1894), p.475-487.

3.- Ídem, *L'Homme et la Terre I*, Librairie Universelle, París 1905, p.321-354.

4.- P. Pelletier, “La grande séparation à résorber: l’Orient et l’Occident vus par Elisée Reclus”: *Raforum*, 10 abril 2007.

5.- É. Reclus, “East...”, op. cit., p.475.

6.- *Ibíd.*, p.476.

7.- *Ibíd.*, p.476.

8.- *Ibíd.*, p.477

9.- H. Mackinder, “The Geographical Pivot of History”: *The Geographical Journal* 23, 4 (1904), p.421-437.

10.- P. Pelletier, op. cit.

11.- É. Reclus, “East...”, op. cit., p.483.

12.- *Ibíd.*, p.484.

13.- É. Reclus, *NGU VI, l’Asie Russe*, Hachette, París 1881, p.8.

- 14.- Ídem, “East...”, op. cit., p.486.
- 15.- P. Pelletier, op. cit.
- 16.- É. Reclus, “East...”, op. cit., p.487.
- 17.- S. Huntington, *The Clash of civilizations and the remaking of World Order*, Simon and Schuster, Nueva York 1996.
- 18.- É. Reclus, *East and West*, op. cit., p.487.
- 19.- F. Farinelli, *I segni del mondo*, La Nuova Italia, Florencia 1992, p.11.
- 20.- E. Said, *Orientalismo*, Feltrinelli, Milán 2002, p.11.
- 21.- Ver, por ejemplo, A. Peters, *Atlante del Mondo*, Rizzoli, Milán 1990.
- 22.- B. Harley, *The New Nature of Maps*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres 2001, p.57.
- 23.- Ver, por ejemplo, B. Giblin, “Élisée Reclus et les colonisations”: *Hérodote* 22 (1981), p.56-79; H. Nicolai, “Élisée Reclus et l’Afrique”: *Revue Belge de Géographie* 1 (1986), p.95-108; C. Liauzu, “Élisée Reclus et l’expansion européenne en Méditerranée”, en Bruneau-Dory (ed.) *Géographies des colonisations*, L’Harmattan, París 1994, p.129-136; A. Baudouin y H. Green, “Reclus, a colonialist?”: *Cybergeog* (2004); una crítica de los cuatro artículos precedentes en in F. Deprest, “Reclus et la colonisation de l’Algérie”: coloquio internacional *Élisée Reclus et nos géographies. Textes et prétextes*, Lyon 7-9 septiembre 2005 (CD-Rom).
- 24.- É. Reclus, *NGU I, L’Europe Méridionale*, Hachette, París 1876, p.5.
- 25.- *Ibíd.*, p.6.
- 26.- C. Ritter, “De la configuration des continents et de leurs fonctions dans l’histoire”: *Revue Germanique* 5 (1859), p.254.
- 27.- *Ibíd.*, p.259-260.
- 28.- *Ibíd.*, p.261.
- 29.- *Ibíd.*, p.261.
- 30.- É. Reclus, *NGU I*, op. cit., p.47.
- 31.- Ídem, *Hégémonie de l’Europe*, La Société Nouvelle, 1894, p.437.
- 32.- C. Ritter, “De la configuration...”, op. cit., p.266.
- 33.- É. Reclus, *NGU I*, op. cit., p.8.
- 34.- Ídem, “La fin triomphante de la Grèce”: *L’Education Sociale*, 15 febrero – 1 marzo 1902.
- 35.- Ídem, *Hégémonie de l’Europe*, op. cit., p.435.
- 36.- *Ibíd.*, op. cit., p.435.

- 37.- J. Lévy, *L'Europa: una geografía*, Edizioni di Comunità, Turín 1997, p.43.
- 38.- É. Reclus, *Hégémonie de l'Europe*, op. cit., p.440.
- 39.- *Ibíd.*, p.438.
- 40.- *Ibíd.*, p.438.
- 41.- É. Reclus, *NGU IV, Les Îles Britanniques*, Hachette, París 1879, p.359.
- 42.- *Ídem*, *Hégémonie de l'Europe*, op. cit., p.434.
- 43.- *Ídem*, *NGU VIII, l'Inde et l'Indochine*, Hachette, París 1883, p.629.
- 44.- *Ibíd.*, p.629.
- 45.- G. Rossi, *Cecilia colonia anarchica sperimentale. Un episodio d'amore nella colonia Cecilia*, BFS, Pisa 1993.
- 46.- É. Reclus, *Voyage à la Sierra Nevada de Sainte-Marthe: paysages de la nature tropicale*, Hachette, París 1861 (hay traducción al castellano).
- 47.- *Ídem*, *NGU IV*, op. cit., p.359.
- 48.- D. Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton University Press, Princeton 2000.
- 49.- V. Guarrasi, "All'ombra delle culture: i fratelli Reclus e l'impresa coloniale", en M. Schmidt di Friedberg, *Élisée Reclus: Natura e Educazione*, Mondadori, Milán 2007, p.94.
- 50.- V. Berdoulay, *La formation de l'école française de géographie*, CTHS, París 1981, p.47.
- 51.- É. Reclus, *NGU II, la France*, Hachette, París 1877, p.913.
- 52.- *Ibíd.*, p.913.
- 53.- F. Deprest, *Reclus et la colonisation de l'Algérie*, op. cit.
- 54.- É. Reclus, *NGU XI, Afrique Septentrionale*, Hachette, París 1886, p.293-652; *Ídem*, *L'Homme et la Terre V*, Librairie Universelle, París 1905, p.419-428.
- 55.- *Ídem*, *NGU XI*, op. cit., p.502.
- 56.- *Ibíd.*, p.630.
- 57.- *Ibíd.*, p.603.
- 58.- F. Deprest, *Reclus et la colonisation de l'Algérie*, op. cit.
- 59.- A. Girollet, *Victor Schoelcher abolitionniste et républicain*, Kartala, París 2000, p.33.
- 60.- Bibliothèque Nationale de France (BNF), Département des Manuscrits Occidentaux (DMO), Nouvelles Acquisitions Françaises (NAF), 16798, f.19, *Lettre d'É. Reclus à P. Pelet*, s.d.

- 61.- BNF, DMO, NAF, 16798, f.69, *Lettre d'É. Reclus à P. Pelet*, 6 marzo 1884.
- 62.- BNF, DMO, NAF, 16798, f.74, *Lettre d'É. Reclus à P. Pelet*, 28 abril 1884.
- 63.- *Ibíd.*
- 64.- BNF, DMO, NAF, 16798, f.75.
- 65.- É. Reclus, *Correspondance II*, Schleicher, París 1911, p.356.
- 66.- BNF, DMO, NAF, 16798, f.77, *Lettre d'É. Reclus à P. Pelet*, 21 junio 1884.
- 67.- *Ibíd.*
- 68.- *Ibíd.*
- 69.- BNF, DMO, NAF, 16798, f.80, *Lettre d'É. Reclus à P. Pelet*, 7 diciembre 1884.
- 70.- É. Reclus, *Correspondance II*, op. cit., p.339.
- 71.- Ídem, *NGU XII, L'Afrique Occidentale*, Hachette, París 1887, p.416.
- 72.- *Ibíd.*, p.462.
- 73.- *Ibíd.*, p.248.
- 74.- É. Reclus, *NGU VIII, L'Inde et L'Indochine*, op. cit., p.839-908.
- 75.- Ídem, “Jours de Guinée” [c.r.]: *L'Humanité Nouvelle*, mayo 1899.
- 76.- Ídem, “La colonia Eritrea” [c.r.]: *L'Humanité Nouvelle*, julio 1899.
- 77.- Ídem, “La colonisation française en Annam et au Tonkin” [c.r.]: *L'Humanité Nouvelle*, 10 octubre 1899.
- 78.- *Ibíd.*
- 79.- É. Reclus, “Psychologie de la colonisation française” [c.r.]: *L'Humanité Nouvelle*, 10 agosto 1899.
- 80.- *Ibíd.*
- 81.- F. Nadar, “La Petite Reine”: *L'Humanité Nouvelle*, abril 1900, p.461-465.
- 82.- BNF, DMO, NAF, 24283, f.128, *Lettre d'Élie Reclus a F. Nadar*, 17 abril 1900.
- 83.- É. Reclus, *NGU IV*, op. cit., p.336.